

La educación en debate #80



UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA
NACIONAL

Los desafíos de digitalizar el aula

por Patricia Ferrante*

Hay ocasiones en las que se puede empezar contando el final: este artículo pretendió ser una reflexión sobre cómo las tecnologías y redes digitales ya conquistaron todos los rubros de nuestra vida, sobre cómo nos convertimos también en humanos cuantificables al más mínimo detalle, y una propuesta para pensar los cambios producidos en la educación a partir de esta realidad desigualmente conectada, en la que todas nuestras acciones y relaciones digitales están de alguna manera mercantilizadas.

Pero la pandemia del COVID-19 pasó por encima de cualquier otro intento de reflexión y planteó cuestiones más urgentes. Ministerios, universidades, escuelas, docentes, alumnos, familias, todos tuvieron que salir a “hacer escuela” de modo remoto. Con la vida social y escolar reconfigurada de golpe, quedó brutalmente a la vista cómo las desigualdades también son digitales.

Un tweet del ex ministro de Educación de la Ciudad, Mariano Narodowski, fue contundente: “Si algo muestra esta pandemia global, es que los sueños húmedos de nuestros gurús de la tecnología educativa no escapan a la desigualdad y a la pobreza. Y que discontinuar la distribución de notebooks a los chicos del secundario fue una pésima decisión”.

El impulso de digitalizar lo más pronto posible parte del currículum y usar internet para sostener una escolaridad diferida se enfrenta con un primer obstáculo: ¿cómo garantizar el acceso a contenidos digitales?, ¿cómo usar esas redes para promover usos también educativos? Y, finalmente, ¿cómo podemos pensar en una cultura digital-educativa inclusiva, más allá de la pandemia?

Muchas cosas se han dicho y escrito sobre el Programa Conectar Igualdad, tanto en evaluaciones y estudios académicos como en la prensa. Entre las malas: que no atiende la calidad de la formación digital,

que se trató de un programa que “revoleó computadoras”, que no produjo mayores cambios en las escuelas. A 10 años de su implementación (el programa arrancó en el segundo semestre de 2010, con una gestión articulada entre cinco agencias estatales, y agonizó hasta morir en el gobierno de Cambiemos), el acceso vuelve a ser un problema, y aun los críticos más duros tal vez crean que no estaba tan mal aquello en comparación con este presente tan complejo. Los modos de participar en la cultura digital se enseñan, se aprenden y son fundamentales para mejorar las calidades de uso de las tecnologías. Pero acceder o no acceder sigue siendo una diferencia radical en países como el nuestro.

Estamos desigualmente conectados – así lo confirmaba una y otra vez la formadora en lo digital Vera Rexach – en una época en la que, queda demostrado, necesitamos de internet y de las redes de telefonía para sostener la vida cotidiana (1). En Argentina, el celular es el dispositivo más masivo: tiene una penetración de 128,8 cada 100 habitantes; en tanto que el servicio de internet en el hogar llega al 65%, con una distribución nacional muy dispar: CABA y la Provincia de Buenos Aires muestran un mapa de hogares más conectados que otros distritos, a la vez que tienen mejor velocidad de conexión (2). Aun así, es uno de los países con más uso de internet y redes sociales de América Latina y uno de los más activos del planeta, según señala el informe sobre la Sociedad de la Información de la ITU de 2019.

Las condiciones para el acceso – con computadora o sin ella, con celular pre o post pago – también determinan las posibilidades para una forma exitosa de trabajo en la relación de la escuela con la vida digital. Esta vida digital transcurre en una realidad que acopla actores, prácticas e instituciones de este y de otros tiempos: algunos son relativamente nuevos – como las grandes corporaciones –, otros se ven empujados a modificar prácticas, a digitalizar-

se, y, en el medio, todos nosotros, millones de ciudadanos que miramos una pantalla para informarnos, interactuar, comprar, participar.

La escuela también es parte fundamental en esta realidad, no solo porque es la institución que lleva el acceso a las poblaciones más vulnerables – con un esquema que se repite en buena parte de América Latina –, sino porque es el espacio común para aprender a ser ciudadanos de esta era.

Desigualmente conectados

La sociedad en red de esta era de la información que describió el sociólogo español Manuel Castells comenzó con bríos revolucionarios a fines del siglo XX. Fueron muchos los que depositaron enormes expectativas en la tecnología como la solución a todos los problemas. Internet y las redes de comunicación que sostienen al mundo conectado las 24 horas de los siete días de la semana implicarían un cambio fundamental: dentro de los anuncios más drásticos, se llegó a suponer que con estas nuevas tecnologías llegaría el fin de las fronteras entre países (seríamos realmente globales); el cierre de la escuela tal cual la conocemos (para qué la necesitamos, si accedemos conectados al conocimiento sin intermediarios); el acceso total a la información y la cultura (nadie hablaba de *fake* por aquel entonces, y no parecía ser un problema que las industrias culturales se regulen por los derechos de autor que no comulgan con el acceso total a los contenidos).

Una idea central de los tecnocentistas era el fin de los intermediarios. Y la otra, la de la tecnología como “niveladora del terreno”. La utopía liberal de la igualdad de oportunidades se expresaba en una nueva versión: conectados, somos todos más iguales. El poder se volvería a repartir y, por alguna razón, o para acompañar el espíritu de la época, muchos creyeron que esa redistribución sería mejor, más benévola y más democrática.

Durante buena parte de la década de 1990 y los primeros años del siglo XXI, el entusiasmo sobre las posibilidades de internet era inmenso: conectados, todos podíamos ser un medio (3); integraríamos una economía de la información en red con un lugar bastante más igualitario para todos (4), en una cultura de la participación más plural y abierta (5).

Internet venía con el potencial de revolucionarlo todo, desde la educación hasta las formas de vivir y participar en las democracias liberales. Sin dudas, los ciudadanos estarían más y mejor informados, globalizados, dispuestos a conversar y compartir opiniones con otros, construir nuevos consensos, participar para mejorar la gestión de lo público (idea que sostienen proyectos como las *Smart cities* o las iniciativas de voto electrónico). Es cierto: el acceso a la información, los modos de participar y de gestionar han cambiado con la digitalización, por eso también la tecnología digital necesita de una mirada crítica, o al menos atenta a entender cómo suceden estos intercambios.

De modo temprano, a estas expectativas sobre el potencial revolucionario de internet, la muy lúcida socióloga Saskia Sassen oponía una visión más preocupada: el entorno digital es un tipo de espacio público que puede ser privatizado, y uno de los aspectos centrales acerca de internet y la soberanía es sostener lo público en este espacio que no solo no derriba fronteras nacionales, sino que se amolda a necesidades políticas específicas allí donde se expande (6). En otras palabras, Sassen expresó una alerta temprana sobre lo que hoy nadie pone en discusión: internet transforma todo, pero también reproduce las desigualdades estructurales en las que vivimos, les agrega una capa. En algunos casos, las profundiza.

El bielorruso Evgeny Morozov daría cuenta no sólo de cómo internet no garantiza de ninguna manera la existencia o profundización de la democracia y la ampliación de las libertades, sino que puede resultar un medio manipulable, adaptable a necesidades políticas y comerciales (7). La ciberutopía – es decir, la creencia de que la cultura de internet es inherentemente emancipatoria – y el internet-centrismo – toda cuestión contemporánea se resuelve en términos de internet –, dirá Morozov, construyeron expectativas que no pueden sino convertirse en desilusiones.

Otra ilusión del avance de internet fue suponer que las empresas de esta era – que la investigadora sobre nuevos medios holandesa José van Dijck llama era de las plataformas o GAFAs, por la incidencia que tienen en la vida económica, social y cultural →



Krysthopher Woods, Autorretrato (Gentileza Galería Mar Dulce)

→ en general Google, Facebook, Amazon y Apple– podrían ser parte de un capitalismo diferente, tal vez menos salvaje. Nada indica que esto sea así y, por el contrario, crecen preocupaciones en torno al poder que acumulan, cómo lo manejan, cómo y quién las regula a escala nacional y global y cómo transforman las sociedades. El filósofo francés Éric Sadin menciona con preocupación tanto la silicolonización del mundo –todas las ciudades quieren construir su Silicon Valley, tanto física como ideológicamente– como los cambios en la propia subjetividad en esta era de realidad aumentada, que permite superponer imágenes virtuales en un ambiente real (8).

El quehacer digital –en el que participan en desigualdad de poder y de condiciones ciudadanos, Estados y empresas, muchas veces más poderosas y ricas que las naciones–, también abrió nuevos desafíos para los que aún no hay respuesta, pero que sí son parte de la agenda política global más urgente: privacidad, datos y vigilancia.

Casos turbios, como el de Cambridge Analytica y su posible incidencia en el voto inglés al Brexit o en la campaña triunfante de Trump, obligan a repensar los usos de la información que circula en las redes y el modo de propaganda hipergeorreferenciada. Asimismo, las tecnologías de *tracking* permiten cientos de utilidades sociales –por ejemplo, gestionar con éxito una crisis como la pandemia en algunos países asiáticos a través de seguimientos personales por el uso de GPS o cámaras con identificación facial–, a la vez que implican la pérdida total del derecho al anonimato. Alguien sabe todo el tiempo todo lo que hacemos, dónde estamos, con quién. Nuestros perfiles de datos proveen y producen mucha más información de la que estamos al tanto, que se usa con unos fines que en muchos casos desconocemos.

Entre los dos extremos que van de la ilusión al desencanto, emerge el desafío de pensar cómo habitamos la sociedad digital, sabiendo que es parte de nuestra experiencia vital, que el mundo es uno, con su presencialidad y su virtualidad. Y, sobre todo, de pensar cómo enseñar y qué aprender para habitarlo de modo más productivo, pero también más ético.

El lugar de la escuela

La relación de la escuela con las tecnologías y los medios digitales no nació con

internet. Históricamente, la escuela se ha ocupado de cómo incluir al cine, a la TV, a la radio. Más allá de la educación técnica, que integró computación e informática más temprano, a comienzos de los años ochenta algunas escuelas empezaron a proponer la enseñanza del lenguaje de programación Logos (la tortuguita, para quien lo recuerde). Las computadoras empezaron a tener más presencia una década después, tanto para la gestión como en espacios específicos como los laboratorios de informática y ofimática. A fines de siglo, cuando el planeta ya se conectaba con velocidad, los organismos internacionales discutían acerca de la necesidad o no de sumar a las escuelas. Y en el 2001, Marc Prensky mencionó aquello de los nativos digitales –niñas, niños y jóvenes que, naturalmente, se aburrían en la escuela porque su vida cotidiana era mucho más entretenida, con MTV y los videojuegos–, que tuvo una enorme incidencia en los medios y en algunos programas de integración de las TIC (Tecnologías de la Información y Comunicación) en la educación, cuando por entonces ya era mucho más que una computadora.

Para 2005, Nicholas Negroponte, el fundador del Media Lab del Instituto Tecnológico de Massachusetts, lanzaba su programa One Laptop Per Child (OLPC), promotor del modelo 1 a 1 (una computadora por chico) inicialmente para el nivel primario de países de ingresos bajos o medios bajos. La investigadora Morgan Ames, quien realizó un trabajo de campo sobre OLPC en Paraguay, señala un aspecto central del programa: no estaba destinado a escuelas, sino a niños como promotores del cambio; y asumía que justamente los chicos nacidos en esta era tenían una inclinación natural hacia lo digital (9).

Muchos países de América Latina iniciaron programas pilotos 1 a 1, en zonas rurales o urbanas, o a nivel nacional, como el caso de Ceibal, en Uruguay.

Argentina tuvo programas piloto nacionales o provinciales, hasta que en 2010 se lanzó Conectar Igualdad, plan nacional que incluía la provisión de una netbook por alumno del nivel secundario, la planificación de formación docente sostenida y la provisión de recursos digitales, sobre todo a través del portal educativo del Estado educ.ar y de canales públicos.

A diez años de esa implementación, las

tecnologías digitales se han integrado en las escuelas tanto por decisiones institucionales como por debajo, en los dispositivos que portan docentes, alumnos y otros actores escolares. Casi la mayoría de quienes habitan las escuelas tienen celular: alumnos de los últimos grados de primaria y todos los actores de nivel secundario, universitario y terciario están conectados. Los celulares son una presencia más en las aulas (y a veces un conflicto: ¿se deja de lado en algún momento?, ¿cuánto?), coexisten con otras pantallas y son parte de un ecosistema con formas de lo que Inés Dussel llama una atención flotante (10): se está en el aula, también conectado con el afuera, con otros más allá de la presencialidad.

Los modos de integración, como señala la especialista Mariana Maggio, pueden ser genuinos o efectivos: los primeros pueden producir cambios, expandir la experiencia; los segundos son meras incorporaciones tecnosolucionistas, sostenidos por la idea de que la sola presencia de computadoras promueve cambios (11). En otras palabras, si la computadora termina reemplazando a la carpeta, estaremos ante una integración efectiva. Si, en cambio, un docente en un aula más o menos conectada planifica un objetivo de enseñanza que integre usos de tecnologías digitales, diseña experiencias para realizar colectivamente, produce una clase que integra actores, espacios y tecnologías, estaremos ante un escenario de integración genuina.

Las investigaciones en torno a los usos de las tecnologías digitales en las escuelas muestran que para que ocurra una integración genuina es central la tarea de los y las docentes como articuladores de ese proceso. No es cierto que los jóvenes “sepan” de tecnologías digitales, ni sean *per se* creativos o sepan cómo construir un discurso multimedial. Tampoco es cierto que los docentes están fuera de esa cultura. Esa construcción es y seguirá siendo colectiva, no solo porque lo que sabemos lo sabemos entre todos, sino porque el autoaprendizaje de los conectados que también se pensó posible a fines de la década de 1990 nunca será posible de modo individual.

Más allá de eso, la escuela tiene otro lugar central en la cultura digital: hay cosas que tiene que enseñar y que se articulan con una misión histórica: la de enseñar a ser ciudadanos. Hay una reflexión pública

sobre los modos de relación y participación que se dan en internet en los que la escuela, como máquina cultural, interviene. Y, ¿qué es ser ciudadano en esta era hiperconectada o, mejor aun, necesariamente hiperconectada? ¿Qué constituye hoy la cosa pública y cómo podemos pensar formas éticas de intervenir en esos espacios?

El acceso a la información –un problema clásico de la ciudadanía– hoy implica otras operaciones: cuáles son las fuentes confiables, a quién le creemos, cuál es la verdad y por qué se trata de algo muy diferente a las opiniones personales, atadas a sentimientos antes que a procesos lógico–racionales. También la ética de la participación es un desafío para la escuela de la cultura digital: el crecimiento de las expresiones de odio en las redes sociales es un problema serio. Pensar distinto, estar en desacuerdo, suele generar lo que se llama polarización: en ese mundo sin fronteras que parece ser internet, con lugar para todos, solo hablamos con quienes ya sabemos que piensan como nosotros y, eventualmente, odiamos al que piensa distinto. Esa no es una idea de democracia y ciudadanía que pueda sostener ni enriquecer lo común. La escuela es uno de los pocos espacios públicos donde pensar y proponer otros modos.

Si la pandemia obliga a las escuelas a desacoplarse, a llegar a los alumnos donde los alumnos están en lugar de ser el espacio (físico) de encuentro, vamos a aprender otra forma de escuela en tiempos extraordinarios y la escuela sin dudas va a enseñar este modo de estar juntos. La situación renueva todas las preguntas que se plantean y sin dudas agregará otras nuevas. También somos ciudadanos de esta sociedad que entra en pausa, que exige que nos cuidemos unos a otros, que nos recuerda que la solución solo puede ser colectiva. ■

- Jordi Jubany y Vera Rexach, *Desigualmente conectados. Educarnos en un mundo digital*, Buenos Aires, OEI, 2020.
- ENACOM, “Acceso a Internet. Información de mercado, oferta, demanda y cobertura de los servicios de comunicaciones”, tercer trimestre 2019. Disponible en: <<https://datosabiertos.enacom.gob.ar/dashboards/20000/acceso-a-internet/>>; y “Telefonía Móvil. Información de mercado, cobertura de los servicios de comunicaciones”, primer semestre de 2019. Disponible en: <<https://datosabiertos.enacom.gob.ar/dashboards/19998/telefonía-movil/>>
- Clay Shirky, *Here comes everybody. The Power of Organizing without Organizations*, Nueva York, Penguin, 2004.
- Yochai Benkler, *The Wealth of Networks. How Social Production Transforms Markets and Freedom*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2006.
- Henry Jenkins, (2008), *Convergence Culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Saskia Sassen, “On the Internet and Sovereignty”, *Indiana Journal of Global Legal Studies*, Vol. 5, Nº 2, artículo 9, 1998. Disponible en: <<http://www.repository.law.indiana.edu/ijgls/vol5/iss2/9/>>
- Evgeny Morozov, *El desengaño de internet. Los mitos de la libertad en la red*, Ediciones Destino, Buenos Aires, 2012, e id., *La locura del solucionismo tecnológico*, Capital Intelectual-Katz Editores, Buenos Aires, 2016.
- Éric Sadin, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2017, e id., *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2018.
- Morgan G. Ames, *The Charisma Machine. The Life, Death and Legacy of One Laptop Per Child*, MIT Press, Massachusetts, 2019.
- Inés Dussel, “Digital classrooms and the new economies of attention. Reflections on the end of schooling as confinement”, J. Willis y K. Darian-Smith (eds.), *Designing Schools: Space, Place and Pedagogy*, Routledge, Londres, 2017.
- Mariana Maggio, “La eterna promesa”, *El Atlas de la Educación. Entre la desigualdad y la construcción de futuro*, Capital Intelectual-UNIFE, Buenos Aires, 2019.

*Docente, investigadora y coordinadora de UNIFE Digital y del Área de Cultura de FLACSO Argentina.

**MERCEDES LEAL,
DIRECTORA DEL INFOD**

Un gran momento para dar el salto

por Diego Herrera*

“Esta cuarentena mostró las desigualdades que existen en materia de conectividad a internet”, asegura Mercedes Leal, directora ejecutiva del Instituto Nacional de Formación Docente (INFoD) del Ministerio de Educación de la Nación. La pedagoga y doctora en Educación era decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán cuando a fines de diciembre fue convocada para su actual cargo.

¿Qué grado de preparación tiene el sistema educativo para trabajar con la modalidad virtual?

El INFoD tiene responsabilidad sobre la formación y capacitación docente. En ese ámbito, contamos con una trayectoria muy importante en la construcción de herramientas para la formación docente en la virtualidad. Ese potencial, que existe desde el origen del Instituto, le ha permitido articular políticas federales de formación docente. Creo que no hay otro organismo del Estado vinculado con lo educativo que surja con esta necesidad del acceso universal a la formación y capacitación docente para todos los niveles del sistema. Por ejemplo, hasta 2015, el Programa Nuestra Escuela ofreció postítulos en TIC para docentes de los niveles primario, secundario y superior. Esa experiencia dejó una masa crítica de docentes preparados para trabajar en el marco de la virtualidad.

¿Esa formación pudo capitalizarse en este momento de emergencia?

Entiendo, y hablaría en tiempo presente, que puede capitalizarse, porque muchos van a tener que actualizar estos saberes. Durante los años de macrismo hubo oferta de cursos más breves y puntuales. Los postítulos, en cambio, implican procesos más largos de formación.

¿Qué cambió en materia de formación y capacitación docente en nuevas tecnologías a partir de la suspensión de las clases presenciales?

En el marco de esta cuarentena, se aceleró la infraestructura disponible: se pasó de cuatro a doce servidores para atender el pedido de aulas virtuales para los institutos de formación docente. Por otro lado, estamos trabajando en articulación con los programas y las políticas de formación docente de las jurisdicciones. Hemos mantenido reuniones regionales de manera virtual y pudimos acordar algunos ejes de trabajo. En ese marco, se transfirieron recursos a las jurisdicciones para sostener referentes y equipos que acompañen este proceso de virtualización de la enseñanza en cada una de las provincias y estamos ofreciendo cursos de

capacitación docente en herramientas digitales.

¿Creció la demanda de esos cursos de capacitación?

Mucho. Apenas se declaró la emergencia, empezamos a ofrecer dos tipos de nuevos cursos: los autoasistidos y los tutorizados. Los primeros son cursos que el docente puede seguir por sí mismo (sin necesidad de asistencia) y ya tienen 20.000 inscriptos. Los que llamamos “tutorizados”, que cuentan con asistencia y son más extensos (duran dos o tres meses), ya tienen 60.000 inscriptos. A esto se suma el dispositivo de cursos que ya estaba en marcha antes de la pandemia.

Desde su lugar de pedagoga, ¿qué cuestiones de la presencialidad son irrecuperables?

La virtualidad no puede reemplazar a la presencialidad. Insistimos mucho en que nada va a reemplazar el año lectivo “normal” de una institución de formación docente. Sobre todo porque en estas instituciones tiene un valor enorme la práctica de los docentes en formación. Me parece importante que no se pierda algún modo de encuentro entre estudiantes y docentes. Lo que estamos trabajando con las jurisdicciones es que en el segundo semestre tenga lugar la práctica genuina presencial, mientras empezamos a trabajar en el terreno de la práctica desde la teoría, con videos y dispositivos que estamos armando en el INFoD.

¿En la virtualidad se acentúan las desigualdades sociales?

Las desigualdades son algo en lo que el ministro siempre insiste. No creemos de ningún modo que dispositivos digitales logren suprimir y superar esta diferenciación enorme y estructural que tiene Argentina. En las reuniones regionales surgió mucho esta preocupación. Muchas provincias están viendo el modo de poder llegar a las casas de sus estudiantes. Incluso, hay lugares en que los contactos se hacen a través de los almacenes de la zona. Esto no es una propuesta cerrada de educación virtual. Si esto se prolonga, estamos explorando un programa de provisión de radios comunitarias para los institutos de formación docente que el INFoD tuvo activo hasta 2015.

En este marco, ¿se sintió la liquidación del Programa Conectar Igualdad?

Por supuesto que sí. Era un programa con importante potencialidad: en muchos sectores proveyó la única computadora del hogar. Me parece que tenemos que hacer una evaluación del programa y, sobre esa base, lanzar una política de capacitación y formación para volver a implementarlo de otra manera.

¿Y dar un salto en materia de conectividad a Internet?

Totalmente. Me parece que es uno de los desafíos más grandes que tenemos como Ministerio. Tenemos que tener mayor acceso para que no haya regiones que queden al margen. Por otro lado, dispositivos alternativos como la radio y la televisión también pueden potenciarse en este marco. Algunas comunidades están más familiarizadas con este tipo de dispositivos. ■

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación e integrante del equipo editorial de UNIFE.

DANIELA PACE, DIRECTORA

Resistencia docente y falta de conectividad

“Hace falta una alfabetización digital fuerte del cuerpo docente”, sostiene Daniela Pace, directora de la Escuela Secundaria (ES) N° 19 de Hurlingham, Provincia de Buenos Aires. Pace es profesora de Educación Física y licenciada en Educación. Tiene 28 años de experiencia docente y pasó por los niveles inicial, primario y secundario. “Ya no tengo ningún tipo de horario –señala–. Quizá llama un profesor a las 11 de la noche porque no puede entrar al campus virtual.”

La matrícula de la ES N° 19 es de unos 170 estudiantes. Cuenta con dos cursos de primer año y con uno solo entre segundo y sexto años. Por la mañana se desarrollan las clases del Ciclo Básico y, por la tarde, las del Ciclo Superior, que está orientado en Ciencias Sociales. “El hecho de que seamos una escuela chica favoreció la implementación veloz del trabajo virtual durante la pandemia del COVID-19”, dice la directora. Y agrega: “En escuelas con más de 500 estudiantes y con mayor número de docentes, resulta mucho más complicado”.

Hacia finales de 2019, tras una capacitación ofrecida por la Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR) en el uso de su propia plataforma, la institución a cargo de Pace había dado los primeros pasos para el trabajo con aulas virtuales. “El año pasado –relata Pace– no llegamos a implementar el trabajo en el campus virtual de la UNAHUR. Pero estaba todo listo para que en 2020 comenzáramos a usar la plataforma como complemento del trabajo presencial. También era un recurso necesario para acompañar las trayectorias de estudiantes con dificultades de ausentismo.”

A partir de que el 16 de marzo el Gobierno Nacional determinara la suspensión de las clases presenciales en todas las escuelas del país, los tiempos para la puesta a punto de las aulas virtuales se aceleraron. “Nos tomó por sorpresa porque habíamos empezado las clases apenas tres días antes –dice Pace–. Hay docentes que ni siquiera llegaron a conocer a sus estudiantes.” La implementación del trabajo en un campus virtual no es sencilla: se necesita armar aulas para cada docente y cargar a cada estudiante en el espacio que corresponda. Mientras se terminaba de organizar esa tarea, la directora de la ES N° 19 decidió armar carpetas en Google Drive para que el cuerpo docente pudiera subir una primera serie de actividades. “Compartimos los links por Facebook para que los chicos pudieran ingresar a la carpeta de su año y descargar las actividades. Esa fue una primera acción de emergencia”, explica Pace.

La última semana de marzo se logró comenzar a trabajar con la plataforma de la UNAHUR. Relata la directora: “A muchos docentes les cuesta manejarse con nuevas tecnologías y hubo ciertas resistencias”. Dado que Pace tiene conocimientos de Informática, se dedicó a diseñar tutoriales que explicaran paso a paso cómo ingresar a la plataforma, cómo agregar tareas a las aulas virtuales o cómo subir un video. “Hace poco –cuenta–, organicé una videoconferencia con los docentes y pienso hacer otra con los preceptores. Usamos todos los medios posibles para no perder el contacto y sacar adelante este año.” En esta tarea, la escuela también recibe el apoyo de especialistas de la UNAHUR.

Asimismo, observa la directora, se presentan muchas dudas entre el estudiantado: “A muchos chicos les cuestan estas cuestiones. Además, no siempre cuentan con recursos tecnológicos. Hay que buscarle la vuelta para que trabajen con celulares, porque muchas veces no tienen computadoras en las casas”. Pace cuenta una anécdota que sirve para ilustrar la variedad de complicaciones que presenta el trabajo a distancia: “El otro día un chico le contaba a la preceptora que solamente sus padres tienen teléfono celular. Entonces, se lo tienen que prestar a la noche para que pueda copiar las actividades. Se le hace difícil”.

En este sentido, la interrupción del Programa Conectar Igualdad durante el gobierno de Macri sumó otra dificultad para el trabajo escolar durante la pandemia. En la ES N° 19 se están restaurando viejas netbooks que quedaron abandonadas para ofrecer recursos tecnológicos a estudiantes que no los tienen. “El tema de la conectividad –añade la directora– también es complicado, porque no hay wi-fi en todas las casas. De todas maneras, la mayoría tiene acceso a algún tipo de conectividad.”

Pace considera que el difícil momento que la sociedad está atravesando pone en evidencia la necesidad de que se trabaje más fuertemente en una alfabetización digital plena: “La tecnología está incorporada en nuestras vidas cotidianas. No puede ser que no entre al aula. La tecnología tiene que estar y tiene que ser un medio de aprendizaje, incluso el teléfono celular”. La directora también resalta la importancia de una formación en el análisis crítico de la información que circula en las redes sociales: “Vemos que también hay docentes que comparten información en las redes sin validar la fuente. Eso no puede seguir pasando. Hay que trabajar con ese aspecto para poder formar en las aulas una ciudadanía crítica”. ■

LUCERO DIACAKIS, ESTUDIANTE

Un vínculo difícil

Lucero Diacakis es estudiante de 5° año de la Escuela de Enseñanza Media N° 1 “Julio Cortázar”, del barrio porteño de Flores, y una de las secretarías generales del Centro de Estudiantes. “En 2020, fui solamente dos días a la escuela –cuenta–. Tenemos un montón de materias nuevas y no conozco a los profesores. Es difícil construir el vínculo, porque no sabemos con quién estamos hablando.”

Antes del COVID-19, ¿trabajaban de forma virtual?

La mayoría de los trabajos, por ejemplo, ya podíamos entregarlos por mail o por grupos de WhatsApp. A veces también usábamos el Google Drive o nos pasaban algún video por redes sociales.

¿Dependía de cada docente?

Sí. Pero en su mayoría usaban esas herramientas porque son necesarias. Ya casi nadie usa un pendrive y proyectar un video en la escuela no es tan fácil. Además, un montón de docentes que antes pedían libros o fotocopias empezaron a mandar textos digitalizados. También es común que nos manden actividades al celular y copiemos las respuestas en la carpeta.

¿Qué pasó a partir de la suspensión de las clases presenciales?

Al principio fue difícil la comunicación con los directivos y entender cómo iba a funcionar una modalidad totalmente virtual. Tampoco es fácil la comunicación con los profesores: a veces no entendemos cómo van a evaluar, por ejemplo.

¿Están usando aulas virtuales?

No. La mayor parte de los profesores manda trabajos por mail. También se suben los trabajos a la página web de la escuela. Hay coordinadores por área que se encargan de mandar los trabajos de cada estudiante a las familias. No tienen nuestros mails. Es un poco complicado el mecanismo. Lo que nos facilita las cosas es que entre estudiantes tenemos un grupo de WhatsApp: ahí terminan llegando todos los trabajos.

¿Cómo te resulta estudiar a distancia?

Por ahora, hice algunos trabajos que tenían fecha de entrega. En las devoluciones hubo algunos problemas y algunos malos entendidos con las fechas de entrega. Hay profesores que ofrecen un contacto para que les preguntemos si tenemos alguna duda y así se trabaja mejor. Hace poco, por primera vez, tuvimos una clase digital por Zoom, una aplicación para hacer videollamadas. Estuvo bastante bueno, pero no todos cuentan con una computadora, o con memoria suficiente en el teléfono para descargar la aplicación, o con wi-fi. Es un problema porque ese tipo de enseñanza no llega a todos.

¿Qué recursos tenés para trabajar desde tu casa?

Tengo una computadora con la que trabaja mi mamá y tiene que compartirla con mi hermano y conmigo. Es bastante complicado. Se hace difícil trabajar con el celular porque la pantalla es mucho más chica. Tengo adultos que pueden ayudarme si lo necesito y yo también ayudo a mi hermano que empezó primer año.

¿Tenés una rutina de estudio?

Es difícil establecer horarios, pero voy haciendo los trabajos. Ya no sabemos cuándo es lunes o martes. Mi círculo cercano y yo no estamos pudiendo dormir normalmente de noche. Estoy durmiendo mucho de día. Terminó desvelada y a la noche tampoco puedo concentrarme.

¿Qué aspectos de la educación tecnológica habría que reforzar?

No sabemos usar algunos programas. Estaría bueno aprender algunas cosas más, como el uso de documentos compartidos en línea. Quizá a nuestra generación le resulta más fácil aprender a usar un programa: buscamos tutoriales en Youtube.

¿Ustedes comparten fake news?

Sabemos que si fuera información real la veríamos también en otra parte. Para la gente más grande es más fácil caer en fake news. Pero muchos profesores nos insisten en que diversifiquemos las fuentes de información, en que no nos quedemos con Wikipedia. Hace poco entré a la página de la Organización Mundial de la Salud y hay que indagar más para encontrar lo que se busca. Estamos acostumbrados a encontrar todo con más facilidad. ■

D.H.

SAMANTA MOLL, DOCENTE

Del dicho al hecho

“Todes estamos esperando volver a la escuela”, afirma Samanta Moll, profesora de Lengua y Literatura en la Escuela Técnica N° 19 “Alejandro Volta” del barrio de San Nicolás y en el Instituto Nuestra Señora de Fátima de Villa Soldati, ambos en la Ciudad de Buenos Aires. “Las y los docentes –sostiene– son necesarios y se requiere del aula y de la presencialidad. Las madres y los padres van a salir corriendo a las escuelas en cuanto abran.”

Moll subraya que el aula es un dispositivo que habilita la socialización entre estudiantes y que, además, construye una temporalidad propia en la que “se ponen en pausa” los problemas cotidianos. “Cuando están ahí –argumenta–, pueden olvidarse de todo lo que pasa en sus casas, de las peleas con un hermano o de cuando el padre le grita a la madre. Por ese rato, solo hay que dedicarse a aprender (que lo hagan o no es otro tema). Por eso, la escuela es materialmente necesaria.”

Moll ya venía trabajando con la plataforma Classroom de Google en la Escuela Volta y con una plataforma de la editorial SM en el Instituto Nuestra Señora de Fátima; por eso, pudo adaptarse más rápido a la situación de emergencia. El recurso del aula virtual le sirve para que todo el estudiantado tenga los materiales, sin necesidad de comprar fotocopias o libros. “Muchas veces –dice– también es útil para trabajar con emergentes. Puedo subir en medio de la clase un video sobre un tema relacionado con una determinada interacción en el aula. Puedo compartir el material en el momento y les pibis reciben una notificación en sus celulares.”

Pese a su recorrido en el uso de recursos digitales, Moll considera que la suspensión de las clases presenciales ha demostrado que falta preparación para la educación virtual: “Había docentes que no sabían usar las plataformas”. La profesora destaca que en la Escuela Volta, el director acompañó a quienes necesitaban ayuda para la creación de sus aulas virtuales y, en otras ocasiones, el cuerpo docente trabajó de manera colaborativa.

De acuerdo con la docente, la pandemia evidenció que las desigualdades entre estudiantes se profundizan en los entornos digitales: “A veces no sabemos por qué alguien no contesta. Pueden ser miles de cosas: no tiene internet, no tiene computadora, comparte la habitación con un montón de otras personas o no tiene ninguna persona adulta en condiciones de darle asistencia”. El teléfono celular, por otra parte, presenta limitaciones: “No todos los aparatos pueden leer un archivo de Word o un pdf”. Algunos, además, son prepagos y no todos tienen saldo suficiente.

En medio de esas dificultades, deben construirse criterios para producir actividades que se adapten al contexto virtual y a los recursos que ya maneja el estudiantado. “Estuve trabajando con fotos –dice Moll–. Es un registro que les pibis saben manejar.” Y relata: “Para el 24 de marzo, les mandé un video de Youtube con la canción ‘La memoria’, de León Gieco. Les pedí que hicieran pañuelos con cualquier material que tuvieran a mano y escribieran en ellos una frase de la canción. Después tenían que sacarle una foto al pañuelo y subirla a la clase virtual. Ese ejercicio resultó muy bien”. La docente también piensa que no se está considerando cómo el estudiantado está atravesando el aislamiento obligatorio: “Les dije que podían escribirme si sentían angustia y propuse una guerra de memes sobre la cuarentena. Compartieron más de uno y se contestaron entre sí”.

Por último, Moll reflexiona sobre el lugar de la educación digital en las escuelas. “Tenemos el mismo problema que con la educación sexual integral (ESI). En los papeles se dice que es un tema transversal a todas las materias y, a veces, eso hace que nadie lo aborde”. Y añade: “Se asume que la docencia está preparada para eso, pero no nos capacitaron para crear contenidos digitales y suele suceder que se comparte el mismo cuadernillo que se trabaja en la clase presencial”. ■

D.H.



Imagen y mito.
Un intercambio epistolar entre Benjamin y Adorno precedido por Filosofía del sueño
Barbara Chitussi

Charly García, 1983.
Acerca de Clics modernos
Oscar Conde



Palabras claves en la historia de la educación argentina
Flavia Fiorucci y José Bustamante Vismara (eds.)

La colonización Pedagógica (o la yapa)
Arturo Jauretche



COMUNICACIÓN UNIPE

NOVEDADES EDITORIALES

www.editorial.unipe.edu.ar

unipe EDITORIAL UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Staff

UNIPE: Universidad Pedagógica Nacional

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D'Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera